

humildad, y en temor suyo, y en andar con recato, guardándoos de las ocasiones y de los peligros, ¿qué hay que suspirar mas? Ese es el fruto que vos habíais de sacar de la oracion, cuando la tuviérais muy alta y muy subida; y cuando el Señor os diera muchos gustos y consolaciones de ella, á eso los habíais de enderezar. Pues esto es lo que hace Dios en esa oracion llana y ordinaria; da el fin y fruto de ella sin aquellos medios extraordinarios de elevaciones, y de gustos y consolaciones, como lo experimentan los que perseveran en ella: y así debemos por ello á Dios dobladas gracias; porque por una parte nos quita el peligro de vanidad y soberbia que pudiéramos tener, si nos llevara por esotro camino; y por otra parte nos da el fruto y provecho de la oracion muy cumplido. Del santo patriarca José dice la sagrada Escritura en el cap. XLII del Génesis, que habló á sus hermanos con palabras duras y ásperas; y por otra parte les hinchó los sacos de trigo, y mandó al mayordomo que les hiciese buen tratamiento: así se ha muchas veces el Señor con nosotros.

No acabamos de entender en qué consiste la oracion, ó por mejor decir, no acabamos de entender en qué consiste nuestro aprovechamiento y perfeccion, que es el fin y fruto á que se ordena la oracion; y así muchas veces, cuando nos va mal, pensamos que

nos va bien; y cuando nos va bien, pensamos que nos va mal. Sacad vos de la oracion lo que habemos dicho, y especialmente proceded aquel dia bien y con edificacion, como declaramos arriba en el cap. 18, y habréis tenido buena oracion, aunque hayais estado allí mas seco que un palo, y mas duro que una piedra: y si no sacais eso, no habeis tenido buena oracion, aunque hayais estado derramando lágrimas toda ella, y aunque os parezca que os habeis elevado hasta el tercer cielo: y así de aquí adelante no os quejeis de la oracion, sino volved todas las quejas contra vos, y decid: Vame mal en la mortificacion, vame mal en la humildad, en la paciencia, en el silencio y recogimiento. Esa es buena queja; porque es quejaros de vos, que no haceis lo que debéis y está en vuestra mano; y esotro de andaros quejando de la oracion, parece que es quejaros de Dios, porque no os da en ella la entrada, y quietud y consuelo que vos quisiérais; y esa no es buena queja; no es palabra esa para provocar á Dios á misericordia, sino á ira é indignacion, como dijo la santa Judit á los de Betulia: *Non est iste sermo, qui misericordiam provocet; sed potius qui iram excitet, et furorem accendat.* Judith, VIII. Y es cosa de ver, cuán al revés andamos en esto; porque no veo que nos quejamos de que no nos queremos mortificar, ni humillar, ni enmen-

dar, que es lo que está en nuestra mano, y andámonos quejando de lo que no está en nuestra mano, sino á cuenta de Dios. Tratad vos de mortificaros y venceros (1), y haced en esto lo que es de vuestra parte, y dejad á Dios lo que está á su cuenta; que mas deseo tiene él de mirar por nuestro bien, que nosotros mismos: y si nosotros hacemos lo que es de nuestra parte, bien ciertos y seguros podemos estar que él no nos faltará de la suya en darnos lo que mas nos conviniere. Dirémos de esto mas largamente tratando de la conformidad con la voluntad de Dios nuestro Señor, donde satisfarémos mas de propósito á esta queja y tentacion.

#### CAPÍTULO XXI.

*De las causas de la distraccion en la oracion, y de sus remedios.*

Cosa suele ser esta muy ordinaria, y así tratan de ella comunmente los Santos, y Casiano muy en particular en las colaciones 1 y 7. De tres causas ó raíces dicen que puede proceder la distraccion en la oracion: unas veces de nuestro descuido y negligencia, por andar nosotros derramados entre dia, y con poca guarda del corazon, y poco recogimiento en nuestros sentidos. El que anda

(1) Tract. 8, cap. 24; et vid. sup. cap. 5, ad fin. ex Bernard.

de esa manera no tiene que preguntar de dónde le viene estar distraido en la oracion, y no poder entrar en ella; porque claro está que las imágenes, figuras y representaciones de las cosas que deja entrar allá dentro, le han de molestar é inquietar despues en la oracion. Dice muy bien el abad Moisen en la colac. 1, que aunque no está en manos del hombre el no ser combatido de pensamientos; pero que lo está el no admitirlos y el desecharlos cuando vienen. Y añade mas, que tambien está en manos del hombre en gran parte el corregir y enmendar la calidad de esos pensamientos, y hacer que se ofrezcan pensamientos buenos y santos, y que esos otros de cosas vanas é impertinentes se le vayan olvidando; porque si se da á ejercicios espirituales de leccion, meditacion y oracion, y se ocupa en obras buenas y santas, tendrá pensamientos buenos y santos; pero si no trata de eso entre dia, sino de apacentar sus sentidos en cosas vanas é impertinentes, de eso serán sus pensamientos. Y trae una comparacion en la colac. 3, cap. 8, que es tambien de san Anselmo y de san Bernardo; dicen estos Santos, que el corazon del hombre es como la piedra del molino, que siempre muele; pero en manos del que la rige está hacer que muéla trigo, ó cebada, ó centeno: lo que le echaren, eso molerá: así el corazon del hombre no puede estar sin pensar en algu-

na cosa, siempre ha de moler; pero con vuestra industria y diligencia podeis hacer que muele trigo, cebada ó centeno, ó tierra; lo que le echaréis, eso molerá. Pues, conforme á esto, si quereis estar recogido en la oracion, es menester que procureis entre dia traer recogido el corazon, y guardadas las puertas de vuestros sentidos; porque con las almas que son huertos cerrados gusta el Señor de conversar; y así era dicho comun de aquellos Padres antiguos, y lo trae Casiano (1): *Quales orantes volumus inveniri, tales nos ante orationis tempus preparare debemus: ex precedenti enim statu, mens atque animus in supplicatione formantur*: Es menester tomar la corrida de mas atrás, y andar entre dia cual quereis hallaros en la oracion; porque del estado y temple que tiene el corazon fuera de la oracion, de ahí se forma y fragua ella. *Qualis liquor vasi infunditur, talis redolebit: et quales herbas in horto cordis tui plantaveris, talia semina germinabunt*, dice san Buenaventura (2): Cual fuere el licor que echáreis en el vaso, tal será el olor: y cuales fueren las yerbas que plantáreis en el huerto de vuestro corazon, tal será el fruto y semilla que producirán.

Y porque es cosa muy comun y natural el pensar uno muchas

(1) Cassianus, collat. 9: Abbat. Isaac, cap. 2.

(2) Bonavent. de profectu Relig. lib. 2, cap. 58.

veces en lo que ama, si quereis tener firme y estable el corazon en la oracion, y que los pensamientos de cosas vanas é impertinentes se vayan olvidando y acabando, es menester mortificar la aficion de ellas, menospreciando todas las cosas de la tierra, y poniendo el corazon en las del cielo; y cuanto mas aprovecháreis y creciéreis en esto, tanto mas aprovecharéis y creceréis en esta firmeza, estabilidad y atencion en la oracion.

Lo segundo, suelen nacer estas distracciones de tentacion del demonio nuestro enemigo. Dice san Basilio (1), que como el demonio ve que la oracion es el medio por donde nos viene todo bien, procura todas las vias y modos que pueden impedirla, y ponernos mil estorbos en ella, para que quitado este socorro, pueda tener mas fácil entrada en nuestra alma con sus engaños y tentaciones. Hase con nosotros, como se hubo el capitán Holofernés para tomar la ciudad de Betulia, que se le defendia (2), que quebró los arcaduces por donde entraba el agua á la ciudad. Así el demonio procura con toda diligencia quebrar y desbaratar en nosotros este arcaduz de la oracion, por donde le viene á nuestra alma el agua de la gracia y de todos los bienes espirituales. Y así dice san Juan Clímaco, *grad.* 18,

(1) Basil. serm. de renunt. sæcul. istius, et spirit. perfect.; Cassian. lib. 10; et Nilus, cap. 42 et 47 de Orat.

(2) Judith, vii.

que como al sonido de la campana se juntan los fieles y los religiosos visiblemente para orar y alabar á Dios; así nuestros enemigos, que son los demonios, se juntan tambien entonces invisiblemente para tentarnos é impedirnos la oracion.

En el Prado espiritual se cuenta del abad Marulo, uno de aquellos Padres del yermo, que levantándose una noche á orar y cantar Salmos como solia, oyó una voz de trompeta, que parecia señal de romper batalla; y turbándose el santo viejo, de dónde podia salir tal voz en lugar tan solitario donde no habia soldados ni guerra, se le apareció el demonio, y le dijo: Que aunque él pensaba que no habia batalla, que sí la habia: y que aquella trompeta apercibia para darla los demonios á los siervos de Dios; y que si él queria ser libre del combate se volviese á acostar y dormir, y sino, se aperciese. Pero él, confiado en el Señor, entró en su oracion, y perseveró en ella.

Una de las cosas en que se echa mucho de ver la excelencia é importancia grande de la oracion, es en la ojeriza grande que el demonio tiene con ella, y en la guerra tan continua que le hace, como lo notó muy bien el santo abad Nilo (1). Otras obras buenas súfrelas el demonio y pasa por ellas, el

(1) Nilus, cap. 44 et 47 de Oration.; et cap. 100 et seq. refert aliqua exempla rara circa hoc in Bibl. Sanct. Patr. tom. 3.

ayuno, la disciplina, el cilicio; pero un rato de oracion no le puede sufrir, sino que por todas las vias que puede lo procura impedir, y pone mil estorbos en ella. De aquí es, que cuando estamos en la oracion, solemos algunas veces sentir mas tentaciones que en otros tiempos: entonces parece que viene todo el tropel de pensamientos, y algunas veces tan malos y feos, que no parece que vamos allí sino á ser tentados y molestados en todo género de tentaciones; porque cosas que nunca se nos ofrecieron, ni nos pasaron por el pensamiento en toda nuestra vida, se nos ofrecen en la oracion: todo parece que se guarda para allí; y es que como el demonio sabe que la oracion es el remedio de todos nuestros males, y principio y fuente de todos los bienes espirituales, y medio eficaz para alcanzar todas las virtudes, dale grande pena, y pone todas sus fuerzas para estorbarlo; y así llaman los Santos á la oracion: *Tormentum demonum, flagellum demonum*: Tormento y azote del demonio. Esto mismo nos ha de ser á nosotros causa y motivo para estimarla mas, darnos mas á ella, y tanto mas, cuanto mas vemos que el demonio por envidia nos la quiere impedir. Santo Tomás, el Abulense, y otros graves autores dicen, que por esto la santa madre Iglesia, regida por el Espíritu Santo, entendiendo la costumbre de nuestro adversario de tentar, y hacer toda

la guerra que puede, á los que hacen oración, tienen ordenado, que en el principio de cada una de las Horas canónicas se diga aquel verso: *Deus in adiutorium meum intende: Domine, ad adjuvandum me festina*, Psalm. LXIX: donde pedimos favor al Señor para orar como debemos, y defendernos de las asechanzas y tentaciones de nuestros enemigos.

Lo tercero, nacen algunas veces estos pensamientos y distracciones, sin culpa nuestra, de nuestra propia enfermedad y flaqueza; porque somos tan flacos y miserables, y quedó nuestra naturaleza tan lisiada y estragada por el pecado, y especialmente nuestra imaginativa, que ni un Pater noster podemos decir, sin que se nos ofrezcan diversos pensamientos, como de ello se quejaba san Bernardo. Para esto será muy buen remedio tomar por materia de oración lo mismo que padecemos, humillándonos, considerando y conociendo cuán grande sea nuestra flaqueza: porque esa humildad, y este conocimiento propio, será muy buena oración; pero fuera de esto dirémos otros remedios que dan los Santos y maestros de la vida espiritual.

## CAPÍTULO XXII.

*De algunos medios para estar con atención y reverencia en la oración.*

El bienaventurado san Basilio pregunta (1): ¿Cómo podrá uno tener su corazón firme, atento y no divertido en la oración? Y responde, que el medio más eficaz para esto es considerar que está delante de Dios, y que le está mirando como ora; porque si acá el que está delante de un príncipe, hablando con él, está con gran respeto y reverencia, teniendo grande atención á lo que hace, y á la manera y modo que guarda en ello, y tendría por gran descoratesía volver las espaldas, ó mezclar otras razones impertinentes; ¿qué hará el que atentamente considera que está delante de la majestad de Dios, y que le está mirando, no solo lo exterior que se ve de fuera, sino lo más íntimo de su corazón? ¿Quién habrá, dice, que ose apartar los ojos y el corazón de lo que está haciendo, y se atreva á volver las espaldas á Dios, y estar pensando allí en otras cosas impertinentes? Aquel gran Jacob monje, como cuenta Teodoreto (2), usaba de esta consideración, para mostrar cuán grande desacato sea este; y tráela también san Agustín sobre el salmo LXXXIII. Si

(1) Basil. in regul. breviorib. 201 et 206; et in const. Monach. solitar.

(2) Theodor. in hist. Sanct. Patr. c. 21.

yo, dice, fuese criado de un hombre que es de mi misma naturaleza, y en el tiempo que le tengo de servir dejase de traerle el manjar y la bebida por hablar con otro criado; con justa razón me reprendría y castigaria. Y si yendo delante de un juez á querellarme de alguno que me injurió, le dejase con la palabra en la boca, y le volviese las espaldas, y me parase á hablar con alguno de los que estuviesen presentes; ¿no os parece que el juez me tendría por descomedido, y me mandaría echar del tribunal, donde estaba juzgando, como á hombre malcriado? Pues eso es lo que hacen los que yendo á la oración á hablar con Dios se distraen pensando en otras cosas impertinentes. Nuestro Padre san Ignacio en el libro de los Ejercicios espirituales nos pone también este medio en una de las adiciones ó advertencias que da para la oración, donde dice, que un poco antes de entrar en la oración, por espacio de un Pater noster levantemos el espíritu al cielo, y consideremos que está allí Dios presente, y que nos está mirando, y así con gran reverencia y humildad entremos en la oración; y hemos de procurar que esta presencia de Dios no se nos pierda de vista en todo el tiempo de la meditación, conforme á aquello del Profeta: *Et meditatio cordis mei in conspectu tuo semper*. Psalm. XVIII.

San Juan Crisóstomo dice (1):

(1) S. Joan. Chrysostomus, super illud

Haced cuenta que cuando vais á la oración, entráis en aquella corte celestial, en la cual el Rey de la gloria está sentado en un cielo estrellado, cercado de innumerables Ángeles y Santos, que todos os están mirando, conforme á aquello de san Pablo: *Spectaculum facti sumus mundo, et Angelis, et hominibus*. I ad Cor. iv. San Bernardo aconseja en esto lo que él debía hacer: *Veniens ad Ecclesiam, pone manum tuam super os tuum, et dic: Expectate hic cogitationes male, intentiones, et affectus cordis, et appetitus carnis; tu autem anima mea intra in gaudium Domini Dei tui, ut videas voluntatem Domini, et visites templum ejus*: Cuando entráreis en la iglesia, ó te recogieres á orar, pon la mano sobre tu boca, y dí: Quedaos aquí á la puerta, pensamientos y apetitos malos; y tú, alma mía, entra en el gozo de tu Señor, para que veas y hagas su santa voluntad. San Juan Climaco dice (1): El que cuando hace oración considera de veras que está delante de Dios, está como una columna firme y constante, que no se mueve; y refiere, que mirando él una vez que un religioso estaba más atento que los otros en el cantar de los salmos, y que especialmente al principio de los himnos, con la figura y semblante que mudaba, parecía que hablaba con otro, le rogó después

Psalm. iv: Miserere mei, et exaudi orationem meam, tom. 1.

(1) Climac. in Scal. spirit. grad. 4 et 18.

que le dijese qué significaba aquello. Respondió el monje: Yo al principio del oficio divino suelo recoger con gran cuidado mi corazón y pensamientos, y llamándolos ante mí, les digo: *Venite, adoremus, et procidamus, et ploremus ante Dominum, qui fecit nos; quia ipse est Dominus Deus noster, et nos populus pascuæ ejus, et oves manus ejus.* Psalm. LXIV. Venid, adoremos, y postrémonos delante del Señor. Todas estas son muy buenas y muy provechosas consideraciones para estar con atención y reverencia en la oración.

Otros dan por remedio estar delante del santísimo Sacramento, si estamos donde lo podemos hacer; ó sino, mirar adonde está el santísimo Sacramento más cerca, y poner allá el corazón, y también mirar á las imágenes: otros se ayudan mirando al cielo. También es muy buen remedio para avivarse uno, cuando tiene distracciones y sequedad en la oración, decir algunas oraciones jaculatorias, y hablar vocalmente con Dios, representándole su flaqueza, y pidiéndole remedio para ella: *Domine, vim patior, responde pro me.* Señor, responded por mí, que padezco fuerza. Aquel ciego del Evangelio, aunque Cristo Señor nuestro parece que disimulaba y se pasaba de largo, y aunque la gente decía que callase, él no dejaba de dar voces, antes las levantaba más, clamando y diciendo (1): Jesús,

(1) Isai. XXXVIII; Marc. X; Luc. XVIII.

hijo de David, ten misericordia de mí: así lo hemos de hacer nosotros, aunque el Señor disimule y parezca que pase de largo sin visitarnos, y aunque la turba y muchedumbre de pensamientos y tentaciones nos impela á callar, no por eso hemos de callar, sino dar mayores voces: *Jesu, fili David, miserere mei*: Señor, habed misericordia de mí. *Confirma me, Domine Deus, in hac hora.* Judith, c. XIII. Señor, fortaleced y confortad este corazón en esta hora, para que pueda pensar en Vos, y estar firme y constante en la oración. Decía una Santa (1): Si no pudieses hablar con Dios con el corazón, no dejes de hablarle con la boca muy á menudo; porque lo que así se dice frecuentemente, fácilmente da fervor y calor al corazón: y confiesa de sí esta Santa, que algunas veces, por no hacer estas oraciones vocales, perdió la oración mental; porque era, dice, agravada é impedida de la pereza y del sueño. Y por nosotros pasa esto: algunas veces acontece dejar uno de hablar en la oración de pereza y flojedad, y por estar medio dormido; y si hablara, se despertara y avivara para la oración.

También dice Gerson que es buen remedio para las distracciones llevar bien preparado el ejercicio, y determinados diversos puntos para la oración; porque con esto, cuando uno se distrae,

(1) S.<sup>a</sup> Angela de Fulgin. cap. 58 et 62.

en advirtiendo en ello, tiene ya su punto cierto y determinado para acogerse á él; y si en él no halla entrada, pasa luego á otro punto de los que lleva prevenidos, y torna más fácilmente á en hilar su oración. Y nosotros hallamos, cuando nos examinamos, que muchas veces la causa de estar distraídos y andar vagueando en cosas diversas, suele ser por no llevar bien prevenidos y sabidos los puntos sobre que tenemos de tener la oración, ni tener cosas ciertas y determinadas á que acogernos.

Fuera de esto, este aviso y el siguiente son necesarios para ir preparados á la oración; y así nuestro Padre nos encomienda esto con palabras encarecidas (1): *Magnopere juvabit, ante ingressum exercitii tractanda puncta comminisci, et numero certo præfinire*: Ayudará, dice, grandemente antes de entrar en la oración, recapacitar los puntos que se han de meditar, y llevar determinado el número de ellos. Y leemos de él, que lo hacía así, no solamente en sus principios, sino después también, siendo ya viejo, leía y preparaba su ejercicio de parte de noche, y se acostaba con ese cuidado; para que nadie piense, que es esta cosa de novicios: y aunque uno sepa bien el ejercicio por haberlo meditado ya otras veces, con todo eso es muy bueno prepararle de nuevo, especialmente que como aquellas son comun-

(1) S. Ignat. lib. Exercit. spirit. notabil. 3, 4 hebdom.

mente palabras de la divina Escritura dictadas por el Espíritu Santo, el leerlas con un poco de quietud y reposo despierta una nueva atención y devoción para meditarlas y aprovecharse más de ellas.

También nos ayudará mucho para esto, que luego en despertando, no dando lugar á otros pensamientos, pensemos en el ejercicio que tenemos de tener, preparándonos para la oración con alguna consideración acomodada á lo que tenemos de meditar. Casiano, san Buenaventura y san Juan Clímaco (1) tienen por muy importante este aviso, y dicen que de esto suele depender el gobierno de la oración, y por consiguiente el concierto de todo el día. Y advierte san Juan Clímaco, que como el demonio ve que esto es de tanta importancia, anda muy diligente y solícito, aguardando á que despertemos, para ocupar luego la posada, y coger las primicias de todo el día; y dice que hay entre los espíritus malos uno que llaman precursor, el cual tiene este oficio, que está aguardando á saltearnos de noche, al tiempo que despertamos del sueño, aun antes que acabemos de despertar, cuando uno aun no está del todo en sí, para ponernos delante cosas feas y súcías, ó á lo menos cosas imperti-

(1) Bonavent. informat. novit. part. 1, cap. 4: Cum evigilas, statim omnes cogitationes tuas abjice de corde tuo, et offer Deo primitias cogitationum tuarum.

nentes, para tomar la posesion de todo el dia; porque le parece que todo él será del que primero ocupare el corazon. Por esto importa mucho que nosotros tambien estemos muy sobre aviso para no dar lugar á esto, sino que luego en despertando, apenas hayamos abierto los ojos, cuando ya esté plantada en nuestro corazon la memoria del Señor, antes que otro pensamiento peregrino ocupe la posada (1): de lo cual nos avisa tambien nuestro santo Padre, y añade, que lo mismo se ha de guardar en su manera, cuando la oracion se tiene á otra hora, recogiéndonos un poquito antes á pensar á dónde voy, y delante de quién tengo de parecer, y recapacitando brevemente el ejercicio que tengo de meditar, como quien templá la vihuela para tañer: y generalmente decia nuestro santo Padre que de la guarda de estos y otros semejantes avisos, que él llama adiciones, dependia en gran parte el tener bien la oracion, y el sacar fruto de ella; y nosotros lo experimentamos muy ordinariamente, que cuando vamos bien preparados y guardamos bien estos avisos, nos va bien en la oracion, y cuando no, nos va mal.

Dice el Espíritu Santo por el Sábio: *Ante orationem prepara animam tuam, et noli esse quasi ho-*

(1) Climac. cap. 21; S. Ignat. lib. Exercit. spirit. addit. 2, prioris hebdom. et addit. 5, secundæ hebdom. et in 1 orand. modo.

*mo qui tentat Deum.* Eccli. XVIII. Antes de la oracion preparaos bien para ella, y no seáis como el hombre que tienta á Dios. Notan santo Tomás y san Buenaventura sobre estas palabras (1), que irse á la oracion sin preparacion, es como tentar á Dios: porque tentar á Dios, dicen los teólogos y los Santos, es querer alcanzar alguna cosa sin poner los medios ordenados y necesarios para eso; como si uno dijese, no quiero comer, que Dios bien me puede sustentar sin comer, él me sustentará: sería tentar á Dios, y pedir milagros sin necesidad, como dijo Cristo nuestro Señor al demonio cuando le llevó al pináculo del templo, y le persuadia que se echase de allí á bajo, que Dios mandaria á sus Angeles que le recibiesen y llevasen en palmas. Respondió él: La Escritura dice: *Non tentabis Dominum Deum tuum.* Matth. IV. No tentarás á tu Dios y Señor: Yo me puedo bajar por la escalera; eso otro es tentar á Dios, y pedir que haga milagros sin necesidad. Pues tan principal y tan necesario medio es para la oracion el prepararnos para ella, que dice el Sábio, que querer tener oracion sin esta preparacion, es como tentar á Dios, y querer que haga milagros con vos. Nuestro Señor bien quiere que tengamos buena oracion, y con mucha atencion y reverencia,

(1) S. Thom. 2, 2, quæst. 97, art. 2, ad 2; Bonavent. in opuse. cui tit. est: Regula novitior. cap. 2.

pero por los medios ordinarios, que son disponiéndonos y preparándonos para ella de la manera que habemos dicho.

### CAPÍTULO XXIII.

*De un consuelo grande para los que son molestados de distracciones en la oracion.*

Para consuelo de los que son molestados de esta tentacion, nota san Basilio (1), que en la oracion entonces solamente se ofende Dios con estos pensamientos y distracciones, cuando uno por su voluntad, advertidamente y viendo lo que hace, está distraido, y con poca reverencia y respeto. El que en la oracion se pone de propósito á pensar en el negocio, bien merece que no le acuda Dios, sino que le castigue. Aquí viene bien lo que dice san Juan Crisóstomo: *Tu non audis orationem tuam: et Dominum vis audire preces tuam?* Hom. 17 in varia loca Matth. II. ¿Cómo quieres que te oiga Dios, si tú mismo no te oyes? Pero cuando uno hace buenamente lo que está en sí, y por flaqueza se distrae, y no puede tener tanta atencion como querria, sino que le deja el corazon, y se le huye á otras partes, conforme á aquello del Profeta: *Cor meum dereliquit me,* Psalm. XXXIX, entonces no se ofende el Señor de eso, antes se mueve á compasion y misericordia;

(1) S. Basilius, in Constitut. Monastic. cap. 2.

porque conoce él muy bien nuestra enfermedad y flaqueza. *Quomodo miseretur pater filiorum, misertus est Dominus timentibus se; quoniam ipse cognovit figmentum nostrum.* Psalm. CII. Así como el padre que tiene un hijo frenético se compadece y lo siente mucho, cuando ve que comenzando á hablar ahora su hijo en seso, luego salta en un disparate; así aquel piadosísimo Padre celestial se apiada y compadece de nosotros, cuando ve que es tanta la flaqueza y enfermedad de nuestra naturaleza, que al mejor tiempo que estamos hablando con él en seso, saltamos en mil pensamientos desvariados; y así, aunque no sienta una devocion ni jugo en la oracion, sino muy gran sequedad y combate de pensamientos é imaginaciones, y esté todo el tiempo de la oracion de esa manera, no por eso deja aquella oracion de ser muy agradable á Dios nuestro Señor, y de grande valor y merecimiento delante de su divino acatamiento; antes suele muchas veces ser mas grata y meritoria, que si la hubiera pasado con mucha devocion y consuelo, por haber padecido y sufrido mas trabajo y dificultad en ella por amor de Dios. Ni tampoco deja de alcanzar con aquella oracion gracia y favores para servir mejor al Señor, y crecer mas en virtud y perfeccion, aunque él no lo sienta; como le acontece al enfermo que come un manjar de sustancia, que aunque no tome gusto ni sabor